

Unamuno - Recordando a Queda La Nación h nov. 1923

(PARA LA NACION)

El prado del Concejo

A H no! no puedo despedirme todavía de Tudanca. No en vano he vivido durante veinte días en comunión casi siempre silenciosa con los tudancos. Esta silenciosa comunión nunca cobra mayor intensidad que en la misa conventual, cuando todos en común y silenciosos oyen el silencio del sacrificio místico. Al terminar cantaban la Salve y a la voz pastosa, otoñal, de los adultos y los ancianos que cantaban el "gimiendo y llorando", respondía la voz verde y agria — de una verdura en agraz—de los niños y niñas diciendo que "en este valle de lágrimas". Y fuera sonreía el valle recogido entre los brazos rocosos y velludos de robles y hayas, de las montañas.

Pero la verdadera comunión, y comunión civil, de estos montañeses del valle de Tudanca es la que se celebra en el Prado del Concejo, un sacrificio también y de cierta misticidad económica.

El Prado del Concejo, en las pendientes laterales de la montaña que sostiene a Tudanca, lo forman los pastos de propiedad comunal. Los hay en otros pueblos, pero no presentan ni las particularidades ni menos el rito en su aprovechamiento que presentan aquí. En los pueblos del condado de Persia, en la montaña de Palencia, al prado comunal se le llama el prado del toro, porque en él pasta el toro del común, comprado por el Concejo, el que sirve a las vacas de cada vecino.

El prado del Concejo de Tudanca se divide cada año en lotes o suertes, brañas, y éstas se sortean entre los vecinos todos, que este año fueron noventa y seis. A las viudas o solteras con hijos se les da media braña, a las solteras, sin hijos, un cuarto de braña. Entre una viuda y dos solteras—Teresa, Segunda y Francisca—entraron este año en una suerte. Es soltera para el caso la que teniendo más de 25 años vive sola.

Divídese el prado en ocho partes y de cada parte hacen tantas suertes como vecinos, este año, dije, noventa y seis. Las miden con un palo, o a ojo—a ojo de buen pastor—según cantidad y calidad de pasto. Las suertes van de arriba abajo y no en lindes paralelas. Y después de divididas sortéanlas en el prado mismo.

El día de San Agustín y a toque de campana—de campana civil y comunal—subieron los vecinos todos—y yo con ellos—a la alta y verde pradería que confinaba con el cielo. Subían con el dalle al hombro, calzados de almadreñas, a que aquí lla-

man abarcas, los unos por el atajo y los que llevaban los bueyes con las "basnas"—de que diré luego—vacías por las basnadas. Con los dalles llevaban rastrillos y palos. Subían también mujeres y niños, cabe decir que el pueblo todo, no quedando abajo sino enfermos, inválidos y pocos más. Subió también el cura. Y una vez arriba, mientras aguardan el sorteo, pónense a picar el dalle con un martillo triangular sobre un pequeño yunque—"la" yunque le dicen, pues su macho es el martillo—clavado en tierra. El repique del picar los dalles era como el canto de preludio, el introito, del trabajo común. Desde allí arriba no se le oye ya, ni se le ve, al río Nansa. En colodras, vastias de madera de la montaña, llevan la piedra de aguzar y un poco de agua; lá tapan con un manajo de helecho.

Llama el regidor al sorteo. Hacen corro los vecinos apoyándose sobre los rastrillos que se apoyan en tierra. Arriba, el cielo y en el fondo el valle. El regidor abre la sesión y hacen, los que lo quieren, peticiones, que son votadas. Y cuando lo que se pide es gracia, basta que uno solo se oponga a ella para que sea denegada. Es una comunidad de individualistas, una verdadera democracia celosa del derecho individual a no ceder del derecho.

Los que hicieron la división de suertes la explican quitándose las boinas. A un calvo que una vez se negó a descubrirse porque no se burlaran de su calva se le multó. Y ellos, que ordinariamente se tutean, trátanse entonces y allí de usted. Es el "su señoría" rústico parlamentario. Se va sacando de un saco las fichas de madera en que están escritos los nombres de los vecinos—este año escribí yo cuatro o cinco de ellos—y se las va colocando en tierra, sobre la yerba, y señalándoles las suertes. Y cuéntase de uno que al sonar su nombre para braña de dura tarea exclamó: "M'esclacazaste!" Y luego de sorteadas las brañas hacen entre ellos cambios, arreglos, ventas y cambalaches. Y ayúdanse unos a otros y todos al necesitado y al enfermo.

Despléganse luego, como en guerrilla, por la escarpada falda de la montaña y pónense a rasurar la tierra con el dalle. Y es de verlos encorvados, sobre la materna montaña, la izquierda al mango y la derecha al corvo, ir segando la verde yerba, en que entran el cardo y el helecho, a las veces. La siegan siguiendo cada cual los puntos de mira de los linderos de su suerte, marcando la hue-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Unamuno

Recordando a



lla; las mujeres levantan los rastrillos, con una blusa encima, para que el segador vea desde arriba el punto inicial de mira. Los bueyes pastan allí cerca.

Quando llega la hora de la siesta yerguen las basnas, recúbruelas de yerba ~~seca~~da, y a su sombra se sientan. Para volver a la tarea. Segaba también el maestro, Escolástico, y al preguntarle yo de qué le servía para ello la pedagogía, me contestó con agudeza: "para olvidarla siego". Las mujeres y los niños esparcen y extienden con los rastrillos la yerba para que se orece y seque.

Cae la tarde y se aprestan a bajar la yerba a los pajares del pueblo. La bajan en las basnas, artefacto primitivo, anterior al carro y a la rueda, sin la que no comprendemos la civilización, nuestra civilización de ruedas y rodillos. La basna es un rústico vehículo montañés de arrastre, sin ruedas, al modo de las narrias—como trineos—que siendo yo niño funcionaban en el muelle de Bilbao. Es una horca de madera y en medio de ellas tabletas, sobre las que por medio de peales, como correas de varas de avellano retorcidas, se sujeta la carga de yerba. Y arrástranla, pedregoso sendero abajo—la basnada—con los bueyes que tienen que ir sosteniendo la basna y el hombre a los bueyes. Deslízase la basna sobre pedruscos pulidos a cantos por el frote. Sobre una carga de yerba de una basna bajé un trecho de montaña..

Abajo, en el caserío, un anciano de ochenta años, que durante setenta había subido a la comunión del trabajo de siega del prado del Concejo, miraba deslizarse, cuesta abajo, las basnas cargadas de pasto para el invierno. Y pensaría acaso, sin pen-

sarlo, en la basna de su vida. Porque no hace mucho, sintiéndose en trance de muerte, se confesó para no presentarse "como un Adán, con el zurrón lleno de piedras" ante Dios, que debe de ser, decía, "un señor respetuoso y de pocas palabras".

A la distancia, las montañas rocosas, las laderas pedregosas y sin vegetación, los "abiércoles" y las "gazmas" de mata bravia; en otras partes los "cintos", terrenos aprovechables entre largas peñas paralelas, o asomando entre la tierra, la carne de las montañas, los "cilibros" de roca como asoman los sesos en la cabeza de una res descalabrada o descalaverada. Antójaseme que "cilibro" sea cerebro—es transformación normal—con metáfora clara para un pastor que ha visto descalabrarse reses. Y el cerebro de la montaña sería aquí pétreo, óseo; la roca piensa, la roca a que roza la basna. Y remonta una con la figuración a los pastores celtíberos, o a los cántabros de antes de haber rodado las ruedas celtas y romanas.

En esa fiesta única de la siega en común del prado del Concejo, pero dividido en suertes individuales, sentí la eternidad de este pueblo y gusté el peso de su historia. Ellos, los tudancos, deben de sentir en ella la comunión de su eternidad humana, la eternidad de su comunión, el lazo entre los muertos, los vivos y los por nacer. En tanto el río, escondido allá abajo, lleva al mar los "zalampierros"—así llaman a los restos de una res comida por los lobos—de los riscos comidos por los hielos, las nieves y las tormentas.



[Recogido en el libro "Paisajes del aluse", Madrid 1944, págs. 43-48. MGB]



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES